

León Felipe

el poeta, el dramaturgo y el hombre



AYUNTAMIENTO
DE ZAMORA

Sumario

- **Prólogo.....9**
Francisco Javier González Hernández

- **Lágrimas sobre el Viento.....15**
José Gabriel López Antuñano

- **La poesía como asunto de la poesía en León Felipe.....21**
Rafael Morales Barba

- **La antirretórica de León Felipe.....39**
Jorge Urrutia

- **Sufrir el éxodo para ganar la luz.....51**
Francisca Noguerol

- **León Felipe: Una poética del payaso.....67**
Javier Huerta Calvo

- **El más viejo de la tribu.....81**
Javier Villán

- **Espacio escénico, lances de armas y verso en la obra dramático- Shakespeareana de León Felipe.....89**
Francisco Alberola

Sufrir el éxodo para ganar la luz

Francisca Noguero

Universidad de Salamanca

Quiero comenzar recordando una conocida declaración de Paco Ibáñez, quien decía que León Felipe supo regalarle “la honda, las preguntas y las piedras del camino”. Creo que todos los que nos reunimos en el presente volumen haríamos nuestra esta afirmación. Por ello, celebramos con alegría este homenaje zamorano al autor de una de las poesías más al límite de las escritas en español, al filo de la navaja entre mito y realidad, locura y razón, esperanza y angustia, solidaridad y soledad. Tan lírica como épica, supo mostrarse desde el principio como buena hija de la tierra que la vio nacer. Para probarlo, nada mejor que las propias palabras del poeta en “Universalidad y exaltación: la luz universal de Castilla”, ensayo publicado en 1937 en la revista *Hora de España*:

En Castilla no hay curvas, ni nieblas tampoco. La luz aquí lo define todo con nitidez y exactitud en una geometría seca y rectilínea (...). Aquí [en Castilla] no hay trampas ni trucos. La imaginación, lo mismo que la vista, no tiene en esta luz más que dos salidas, dos puertas principales. No hay puertas falsas: o se va hacia arriba o hacia adelante. O al cielo o a los horizontes: de aquí al místico y el aventurero. O las dos cosas juntas: Don Quijote (Felipe 1937: 17, 20).

En esta ocasión, se me ha pedido reflexionar sobre la poesía del autor en el exilio, encomienda que agradezco porque esta amarga experiencia –que comenzó en 1938 en Francia y que se prolongó por Cuba y México hasta su muerte en 1968- sirvió de fundamental catalizador en su deseo de avanzar hacia la luz o, lo que es lo mismo, de perfeccionarse, abandonando el *hic et nunc* para lograr una final visión trascendente de la humanidad. De ahí el título de la presente reflexión: “sufrir el éxodo para ganar la luz” destacará el proceso de maduración ética y superación ascética experimentado por el de Tábara en los años inmediatamente posteriores al exilio, que lo llevó a evolucionar de una obra de visos épicos a otra marcada, esencialmente, por su preocupación ética. Así, ahondó en una veta clave de su escritura, descrita por Juan Villar como su “poética de la superación”: “El calificativo general que aplicaríamos a la obra de León Felipe será el de poética de la superación y de la recurrencia, ya que el mito de la superación del hombre es lo que configura todo el sistema simbólico” (Villar: 183).

Este hecho se observa desde una de las composiciones iniciales de *Versos y oraciones del caminante* (1920) -“Sistema, poeta, sistema. /Empieza por contar las piedras.../ Luego contarás las estrellas” (Felipe 2004: 140)- al dístico que abre “Pie para el niño de Vallecas, de Velázquez” -“Bacía, yelmo, halo/ Este es el orden, Sancho...” (Felipe 2004: 144)-, repetido en la revisión de este poema titulada “El niño de Vallecas” (Felipe 2004: 521).

Buena prueba de cómo abogó por una actitud positiva ante el dolor la ofrecen unos cuantos versos extraídos de *Español del éxodo y el llanto* (1939), poemario publicado, paradójicamente, cuando las heridas por el abandono de España aún supuraban: “(...) Españoles, / españoles del éxodo y del llanto: / levantad la cabeza/ y no me miréis con ceño, /porque yo no soy el que canta la destrucción /sino la esperanza” (Felipe 2004: 277). Sin embargo, es en *Ganarás la luz: biografía, poesía y destino* (1943) donde asume desde el título el deseo de alcanzar la claridad, avanzando de lo particular a lo general y aunando la experiencia personal con la poética para hablar, finalmente, del *fatum* humano. En este volumen, considerado por la mayoría de sus lectores su *summa* poética, abandona más que en ningún otro la idea de superflua originalidad y recurre constantemente a la autocita, demostrando la profunda cohesión de su escritura. De ahí el epígrafe que abre la obra, donde, en un proceso común a toda víctima del exilio, se pregunta por la propia identidad e imbrica estrechamente “biografía, poesía y destino”: “No en la primera, sino en la última página de la crónica es donde está escrito el nombre verdadero del héroe; y no al comenzar sino al acabar la jornada, es cuando acaso pueda decir el hombre cómo se llama” (Felipe 2004: 393).

En las siguientes páginas apreciaremos, pues, cómo el dolor —encarnado en su poesía por el símbolo del llanto— sirve de catarsis e instrumento al sujeto poético para avanzar en su deseo de perfección. Se mantiene así un ideario esencial en el mundo helénico, retomado posteriormente por la tradición judeocristiana. Recordemos, en este sentido, cómo en las tragedias clásicas los dioses ponen a prueba a personajes como Edipo o Prometeo, recurrentes en la obra que comentamos y que permiten a León Felipe identificarse tanto con su actitud desafiante como con su posterior desgracia. En la misma línea se encuentran las historias asumidas de la tradición bíblica, por las que Yahvé provoca todo tipo de agonías a ciertos individuos que, a pesar del sufrimiento, salen fortalecidos del trance. Es el caso de dos profetas asiduos, como Edipo y Prometeo, a las páginas de León Felipe: Jonás, paradigma del hombre negligente —recordemos que el profeta se negó a predicar en Nínive y, por ello, fue castigado a pasar tres días en el vientre de una ballena— y Job, nombre que en hebreo significa “el perseguido”, quien supo gritar como nadie contra su desgracia, como lo hizo el propio León Felipe en plena posguerra. Con la mención de estos personajes se hace patente el interés de León Felipe las tradiciones culturales arriba citadas. Él, que en el ensayo “¿Qué es la Biblia?” afirma “me gusta remojar la palabra divina, amasarla de nuevo, ablandarla con el vaho de mi aliento, humedecer con mi saliva y con mi sangre el polvo seco de los Libros Sagrados y volver a hacer marchar los versículos quietos y paráliticos con el ritmo de mi corazón” (Felipe 2004: 425), prefiere por ello la palabra *éxodo* —cargada de resonancias al libro Sagrado, pues fue *éxodo* lo que padeció el pueblo de Israel— a otros vocablos más descafeinados como *exilio* o *trastierro*.

Pero quiero detenerme un instante en la figura de Prometeo, la más citada en esta época de su vida, héroe que robó el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres y que sufrió, como consecuencia, el terrible castigo de ver sus entrañas eternamente devoradas por un buitre. En una de las variantes de “El poeta prometeico” se aclara la genealogía de este importante símbolo:

Es el poeta prometeico... el rebelde... el verdadero rebelde... el Verbo... el Hijo. Nació de la imaginación. Salió del mito y de las entrañas de los libros sagrados... Luego se hizo realidad histórica... Los griegos le llamaron Prometeo... más tarde, Edipo... es el Cristo... y en España tomó el nombre y la figura grotesca de Don Quijote de la Mancha. (...) El poeta prometeico es la anti-tesis (*sic*) siempre. (...) Representa el amor contra el ceño adusto de Jehová en la Biblia. Y el amor en Prometeo contra la dictadura caprichosa de Júpiter entre los Griegos (Felipe 2004: 1269).

Esta idea se aplica a los poetas verdaderos en *Español del éxodo y el llanto*: “La vida de los pueblos (...) funciona porque hay unos hombres allá en la Colina que observan los signos estelares, sostienen el fuego prometeico y cantan unas canciones que hacen crecer las espigas. Sin el hombre de la Colina no se puede organizar una patria” (Felipe 2004: 270). Más adelante, el tercer libro de *Ganarás la luz* —titulado significativamente “Soy Prometeo”— dedica sus páginas a glosar la figura del griego, labor

comenzada en *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* (1938). La necesidad de abandonar la contingencia, encarnada en Prometeo, se hace capital, pues, en este momento de su escritura:

El genio poético-prometeico es aquella fuerza humana y esencial que en los momentos fervorosos de la historia puede levantar al hombre rápidamente,
de lo doméstico a lo épico,
de lo contingente a lo esencial,
de lo euclidiano a lo místico,
de lo sórdido a lo limpiamente ético (Felipe 2004: 217).

Estos versos se repiten con pequeñas pero esenciales variaciones en “Soy Prometeo”, texto en cuyas composiciones la palabra “España” se ve sustituida, paulatinamente, por términos más universales como “tierra” o “mundo”. Y es que, como el mismo autor apunta en “Poética de la llama”: “No lloro por mi patria perdida. Todo se traslada y se levanta. La metáfora se mueve y asciende por una escala de luz” (Felipe 2004: 467).

Pero, ¿cómo mantener la esperanza en una situación catastrófica? El zamorano asume la experiencia en cuatro decisivos pasos que detallo a continuación.

1. En principio, exige *la aceptación de la tragedia* y rechaza la postura de mantener silencio ante lo ocurrido, aparentar indiferencia o asumir los hechos con resignación. Como supo decir su buen amigo Max Aub: “León Felipe es Job, con su casa deshecha, sentado en la ceniza, roído por la mugre

que Dios nos ha echado por encima; le salva su blasfemia, porque el que grita tiene fe mientras los que callan están muertos o heridos de muerte por la gran lanzada de la cobardía” (Aub: 13). Así se aprecia en “Está muerta ¡miradla!” (Felipe 2004: 279), una de sus creaciones más impactantes, en la que pide a todas las facciones que lucharon en España el reconocimiento de lo ocurrido.

2. La catarsis debe continuar con la *asunción de la culpa colectiva*, en un proceso en el que él mismo se incluye. Así se aprecia en versos como los siguientes:

Ya no hay patria. La hemos matado todos:
los de aquí y los de allá,
los de ayer y los de hoy.
España está muerta. La hemos asesinado
entre tú y yo.
¡Yo también!
Yo no fui más que una mueca,
una máscara
hecha de retórica y de miedo.
Aquí está mi frente, ¡Miradla! (Felipe 2004: 286).

En esta misma línea se encuentra su identificación con el profeta que evadió sus obligaciones en “Tal vez me llame Jonás”, donde incluye unos versos repetidos sistemáticamente en su obra:

Yo no soy nadie:
*un hombre con un grito de estopa en la garganta
y una gota de asfalto en la retina.*

No hago caso, huyo por el mar y me tumbo en el rincón más oscuro de la nave
 hasta que el Viento terco que me sigue
 vuelve a gritarme otra vez:
 “¿Qué haces ahí, dormilón? Levántate”.
 –Yo no soy nadie:
 un ciego que no sabe cantar. ¡Dejadme dormir!
 (...)
 Yo no canto la destrucción:
 apoyo mi lira sobre la cresta más alta de este símbolo...
 Yo soy Jonás (Felipe 2004: 408-409).

De este modo, se comprende que defina su yo como “gusano” en “La ventana” (Felipe 2004: 525), afirmando su pequeñez frente a un mundo que solo puede ser salvado a través de la poesía más alta.

3. En esta situación, evoluciona *desde una concepción circular del tiempo* –la vida como “noria” o “devanadera”- *a otra claramente teleológica*, simbolizada por la honda que impulsa la piedra al infinito. Si en el poemario *Drop a Star* (1935) podíamos leer los versos “de vuelta en luz y sombra, /de vuelta en noche y día, / de vuelta en llanto y cascabel” (Felipe 2004: 174), en *Español del éxodo y el llanto* se ofrece una visión diferente del devenir humano:

Con ritmo grave o raudo
 la vida es vuelta y vuelta...
 es vuelta en luz y sombra, es vuelta en noche y día,

es vuelta en llanto y cascabel.
 -Pero algo se dispara de esta danza,
 hay algo más que vueltas aquí abajo
 entre el mirlo y el topo.
 De estos ciclos que mueren se disparan
 tangentes encendidas ...
 la conciencia del hombre acongojada
 se escapa de estos ciclos.
 Gira también la honda
 pero lanza el guijarro ...
 La vida es un hondero,
 no una devanadera. (Felipe 2004: 331).

4. Como consecuencia, se considera que la derrota en la Guerra Civil ha llevado a *la desaparición del pueblo español, pero no del hombre*. Cómo se lee en “Llanto y risa”, “un pueblo, una patria, no es más que la cuna de un hombre. Se deja la tierra que nos parió como se dejan los pañales. Se es hombre antes que español” (Felipe 2004: 274). Los ejemplos de esta idea se multiplican en *Español del éxodo y el llanto*. Si “Preguntad al comadrón” incluye los versos “Se ha muerto un pueblo pero el hombre/ no se ha muerto. De nuevo/ tomad todos la espada/ y elegid un ejército” (Felipe 2004: 297), “Español” insiste en esta idea con especial contundencia:

Español del éxodo de ayer
 y español del éxodo de hoy:
 te salvarás como hombre
 pero no como español.
 No tienes patria ni tribu. Si puedes,

hunde tus raíces y tus sueños
 en la lluvia ecuménica del sol.
 Y yérguete... ¡yérguete!
 que tal vez el hombre de este tiempo...
 es el hombre movable de la luz,
 del éxodo y del viento (Felipe 2004: 302).

De acuerdo con esta idea, el poeta emprende la defensa a ultranza de la Hispanidad, comunidad que acogió y confortó a los refugiados republicanos en sus tiempos más oscuros. Como señala en “Ahora definiré la Hispanidad”:

(...) Cuando se muera España para siempre, quedará un ademán en la luz y en el aire... un gesto.../ Hispanidad será aquel gesto vencido, apasionado y loco del hidalgo manchego. / Sobre él los hombres levantarán mañana el mito quijotesco/ y hablará de Hispanidad la historia cuando todos los españoles se hayan muerto./ Para crear la Hispanidad hay que morir porque sobra el cuerpo (...)(Felipe 2004: 503).

5. Por último, *la persecución del ideal se afianza en un rico sistema simbólico* sintetizado por José Ángel Ascunce en los siguientes términos: “Si la poética de las lágrimas defiende en un plano teórico la superación ascética para lograr las cotas de la maduración mística, la poética del fuego desde una tesitura más práctica va marcando de forma más pormenorizada los pasos a seguir en este proceso evolutivo del hombre” (Ascunce: 134). Veamos, pues, cómo se produce esta evolución, apuntalada en los símbolos del *llanto*, el *viento* y la *luz*.

5.1 *Llanto*.

Sinónimo de fertilidad desde *Español del éxodo y el llanto* -“planta un árbol, / riégalo con tus lágrimas/ y aguarda” (Felipe 2004: 288)-, el llanto se entiende como instrumento de liberación y catarsis, necesario para despojarse de la angustia que bloquea a los exiliados tras su marcha de España:

Mi programa, es decir, mi tema poemático predilecto es éste: ‘Nos salvaremos por el llanto’. Esta es mi lógica y mi dialéctica también. Creo en la dialéctica del llanto (...) El llanto no está en los programas de los políticos ni en las pragmáticas de los jefes. Está en los versículos de los profetas, en el corazón engañado y afligido del hombre (Felipe 2004: 271).

Este pensamiento se repite en “No he venido a cantar”- “Ganarás el pan con el sudor de tu frente/ *y la luz con el dolor de tus ojos*. /Tus ojos son las fuentes del llanto y de la luz” (Felipe 2004: 438)-, en versos estrechamente vinculados a la sentencia que condenó al hombre en el primer éxodo de la Humanidad. En “La espada”, las lágrimas abanderan la lucha contra las sombras -“En el principio creó Dios la luz... y la sombra (...)/ Entonces creó el hombre./y le dio la espada del llanto para matar la sombra./La vida es una lucha entre las sombras y mi llanto” (Felipe 2004: 445)- y, si bien aún “Estamos en el llanto” -“Toda la luz de la Tierra (la verá un día el hombre/por la ventana de una lágrima.../Pero aún no ha dicho el Verbo:/ ¡Que el llanto se haga luz!” (Felipe 2004:325)-, su acción permitirá que el ser humano, por fin, alcance la videncia: “Luz.../Cuando mis lágrimas te

alcancen, /la función de mis ojos ya no será llorar/sino ver” (Felipe 2004: 446).

5.2. *Viento.*

A ello contribuye, en un segundo estadio, la acción del viento, esencial en la obra de León Felipe desde sus inicios. Como él mismo subrayó:

Mi verso primero, escrito hace ya muchos años

-*No andes errante*

Y busca tu camino.

-*Dejadme.*

Ya vendrá un viento fuerte que me lleve a mi sitio
era ya la nota de una sola sinfonía y la piedra de
una estructura única que comienzo a percibir con
claridad (Felipe 2004: 557).

Este símbolo se enriquece por la experiencia del exilio. Asociado al movimiento constante, a la inestabilidad e intemperie que definen al trasterrado, connota asimismo fuerza de carácter. No en vano “espíritu” y “viento” provienen de la misma raíz hebrea *-ruagh-* por lo que el mismo Espíritu Santo (*pneuma hagion*) se presentó a los apóstoles con “un ruido como el de un viento violento” (Hechos 2, 2). De ahí que el poeta alejado de su patria sea definido por León Felipe con la afortunada expresión de “El-embudo-y-el-Viento” (Felipe 2004: 158), definiendo de esta forma a un hombre vacío pero, por esta misma razón, susceptible de ser atravesado por la fuerza del espíritu, que hace resonar sus versos con especial intensidad.

Esta potencia inspiradora se hace patente en “El Viento y

yo” y “El Viento y yo otra vez”: “Pero el Viento, ese Viento que trabaja conmigo y que me guía, se ríe de mí también y levanta y revuelve las plumas de mi cola cuando me hincho demasiado para dejar a la vista de todos la grotesca anatomía de mis huesos... Ahora escribo porque Él [el Viento] lo ha querido” (Felipe 2004: 567). Finalmente, en “La ventana” se presenta a este agente de la naturaleza como conspirador de la luz: “Yo sé además que entre el Viento y la luz hay ciertos planes. He oído decir que entre el Viento y la luz pueden convertir un gusano en una mariposa. Y ¿quién sabe lo que serán capaces de hacer un día con el hombre?” (Felipe 2004: 525).

5.3. *Luz.*

Símbolo genésico por antonomasia, la Luz representa el anhelo utópico y trascendente de León Felipe: “(...) y otro día dirán en los libros sagrados:/el primer hombre/ fue de barro, /el segundo de masa cruda/ y el tercero de pan y luz” (Felipe 2004: 457). Alcanzarla supone un ejercicio especialmente costoso. Así, leemos en “Oferta”: “Toda la sangre de España/ por una gota de luz!” (Felipe 2004: 247), dístico tan intenso como desmesurado, que el poeta repite en varias ocasiones y, especialmente, en “Dime cómo murió” (Felipe 2004: 501-502).

En esta situación, la tarea poética se entiende como llamada, intento de comunicación a partir de señales luminosas. Así lo reconoce el autor en “Fórmula de Prometeo”:

Por *hoy y para mí*, la poesía no es más que un sistema luminoso de señales. Hogueras que encendemos aquí abajo, entre tinieblas encontradas, para que alguien nos vea, para que no

nos olviden. ¡Aquí estamos, Señor! Y todo lo que hay en el mundo es mío y verdadero para entrar en un poema, para alimentar una fogata (...) Y no vale menos un proverbio rodado que una imagen virginal: un versículo de la Revelación que el último *slang* de las alcantarillas (Felipe 2004: 478).

De acuerdo a lo ya comentado, se entiende perfectamente la siguiente definición, que podría sintetizar toda su poética: “El poeta es carne encendida nada más. Y la Poesía, una llama sin tregua” (Felipe 2004: 464). Con ella llego a la conclusión de mi trabajo, donde espero haber demostrado cómo la dura experiencia del exilio afianzó a León Felipe en su labor de poeta-profeta, portador de la llama prometeica que, mediante el sufrimiento –llanto-y con la ayuda del espíritu –viento- supo cantar con esperanza al futuro de la Humanidad. Es cierto que, al final de su vida, no tenía “una casa solariega, ni una capa ni una espada, ni el retrato de un abuelo que ganara una batalla...”. Ni siquiera pudo volver al final al vientre de la madre castellana, como pedía en los hermosísimos versos de “Mi regreso”:

(...) A Castilla voy a ir ahora, *cuando me muera*,
antes que a ningún otro lugar...

porque allí está enterrada mi madre]

(...) Las madres muertas viven siempre bajo la
tierra con el mismo vientre que tuvieron...]

Y el de Mi Madre... me aguarda allí ahora...

Allí...

en el cerro más levantado de Castilla.

A tus entrañas vuelvo, Madre.
Sin pasaporte voy... y sin carnet,
sin documentos ni bolsillos (...) (Felipe 2004:
607).

Pero este hombre cabal, tierno y recio al mismo tiempo, posee al menos una estatua en el mexicano bosque de Chapultepec. Inaugurada en 1973 en un pequeño jardín frente a la Casa del Lago y realizada por Julián Martínez Soros, otro exiliado de la Guerra Civil, disfruta allí de la visita de niños, pájaros y lectores de su poesía. Sobre todo: cuenta con un olivo zamorano plantado por sus amigos en 1972, árbol que le regala una dulcísima sombra, quizás la que España, en vida y como madre, no le supo dispensar.

BIBLIOGRAFÍA

- Ascunce, José Ángel. *León Felipe: Trayectoria poética*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Aub, Max. “Homenaje a León Felipe”. En *León Felipe: antología y homenaje*. México, Finisterre, 1967, pp. 10-14.
- Felipe, León. “Universalidad y exaltación: la luz universal de Castilla”, *Hora de España*, 1937, 6, pp. 17-20.
- . *Poesías completas*. José Paulino ed. Madrid, Visor, 2004.
- Vallejo, César. *Obra poética completa*. Enrique Ballón Aguirre (ed.), Caracas, Ayacucho, 1979.
- Villar Dégano, Juan. “León Felipe y su poética de la superación”, *Letras de Deusto*, 1984, 14.28, pp. 159-186.